

# ★ Pasado Inmediato

Alberto Barcelet, el caudillo conservador de Avelaneda, el gran mudo elector de la Provincia de Buenos Aires. La Sra. Guido no ha borrado su pugna de Braceras, los rastros de esta pista, aunque ciertos episodios de crímenes o torturas pueden ser trasladados de otras épocas y el personal que vivió vicariamente, con los vicios de todo un régimen. Esto tal vez, a menos de dos décadas de aquellos tiempos, no debería resultar cómodo a la autora, aunque aquí venga bien lo de a moro muerto con gran lancha y nádie, del otro lado del río, ni radicales, ni conservadores, ni socialistas ni nacionalistas, parece muy decidido (salvo tal vez el nostálgico Federico Finedo y sus tiempos de la República) a detener el período ominoso de Justo-Ortíz y todas sus implicancias.

Novelar un período tan próximo tiene sus riesgos poéticos, es, a título, demasiado parecido al presente y ciertas diferencias sutiles, atmosféricas, por así decirlo, sólo pueden ser captadas por el lector que ha vivido, con plena lucidez, desde la adolescencia, lo que es el caso, creemos, de la autora. Pero, como ella misma entonces, suelen ser los toques arcaizantes, lo que exige defendernos. Entre 1927 y 1945 (la autora lo hace desde 1945) el mundo que ella ve pasa Marafía, Jattendral, La Flor Aleice, Barry Norton y el Lambeth White. Los tiempos son los de entonces. Más allá de esas corvas, sin embargo, el libro recae con suma eficacia el cinismo y el escepticismo de aquella América que, como Surraindo Unzué le decía a los muchachos de F.O.R.J.A., no se le es importante nada del mundo que Julio se casó con la hija de un senador y que el temor reverencial de algún periclitado rey-nismo de Basutoland.

La circunstancia de que este mundo, al seguir su curso, experimenta todo y vivido desde un grupo de adolescentes natos de aquel Braceras, no debe ser olvidado. El mundo se embebe los fillos de la sítira que quiere ser. Que estas muchachas y muchachos: Julieta, Mariana, González, José María, Adolfo, se distinguen con su testimonio la figura del cacique tengan, a la vez, el mundo de cada cual, ingenio, ríspio, incompatible, importa una fidelidad de Beatriz Guido a la temática capital de su obra anterior (La casa del ángel, La Caída) y no huiran en exceso el interés. Tampoco quebra un propósito que no tiene por su seguir acumulando, en el momento de la denuncia política, despreciando aquel hervor de vidas nacientes que en torno al abuelo se agita, sino que se abraza a la fiesta un agudo ofitado para la operación del "otro" y de "los otros": el caso acreciente de los muchachos de aquel mundo, Adolfo, por el gerrumbe del personaje senescal, la existencia de Braceras imposta, a su vez, la fuerza de la novela, y plasma como un sino oscuro sobre la larga relación de amor, de desapego y furia (de un cabo al otro del libro) entre Julieta y Mariana. Una novela empieza con el muchacho esperando entre unas matas la desnudez de su prima que se le va en una mañana de algodonado. La Enamorada: descubierta, Mariana lo cuenta a su abuelo; de sus palabras medias y ambiguas deriva, en una violación y en un cuarto de la estancia azota al niño hasta extenuarse.

Adolfo se venga de los otros en un mundo que se abre al clima violento de este extenso diálogo está parado sobre sus pies de auto-manos y manos, como un niño que se castigó y fue un inocente. A través de varios apogonings reaparecen Mariana y Adolfo tratan de poner un mundo nuevo, pero el mundo que realmente los acerca; siempre el posible encuentro se resquebraja, tallándose en pedruzcos de desgracia de injuria, de deslealtad e de desamor. El vínculo de Adolfo y Guastavi-

do, el espacio de Braceras, suyo fidelidad esta pace haciéndolo anular, es, como se ha dicho, uno de los buenos momentos de la obra, aunque el espacio de Braceras, que es exclusivamente pensada sobre el arquetipo borgiano del guapo vertido a la política. Debían responder a una política que, en su momento, se venía por hombres de partido, dice, en algún momento, el mismo Adolfo. Pero el pasaje, contenido en que Guastavino le pide al muchacho que le traduzca las frases, para él inaceptable, de su amante francesa es el mejor y es de la Sra. Guido y también es de ella el impulso que arrastra al chico hasta convertirse en la sombra del matón en prostíbulo y resididos. No es la admiración, del tipo de "Shane", aunque ella no falta, sino más bien una curiosidad vergonzosa y un propósito autoflagelante que ve la mejor venganza sobre el abuelo en convertirse en lo que Braceras es respecto de ella, de su hecha confesión, su personalidad de oligarca, de condescendiente y de vivo, en llegar a ser Adolfo Peña Braceras, con tal vez blanco y cuello de palmita (como los políticos que ve en su casa), candidato a la gobernación de la provincia, podredumbre que sobrevive.

Hacia la mitad del libro, Adolfo presencia la famosa interpellación de Liandro de la Torre sobre el pozo frigorífico, ve la muerte de Horacio, el secretario Valdez Cora, sabe que los suyos no son ajenos a todo eso. Pupilo más tarde de los jesuitas de Santa Fe vuelve a casa de su abuela donde ve que las de imperalismo, oligarquía, espionaje, protesta contra un decano próximo y pasa unas horas preso, pero que el mundo que él ve, de los inquietos y el ascenso de Perón. Toda la posible toma de conciencia nacional, el desahucio, el desahucio, y habría que pensar si esa voz denudada refleja la inmensa política de Beatriz Guido, que Cotelio sostiene desde un punto de vista, el cuidado de un adolescente al que nada ha ayudado a ver claro. Parece clara la idea de la novela, pero las personas, así al presunto momento, por esta cautela, que la señora Guido guarda a lo largo de casi todo el libro, es lamentablemente al final. Cuando Braceras, ya arrinconado, ha muerto y es enterrado entre las ventanas cerradas y las calles vacías de su antiguo feudo, estamos el 17 de octubre de 1945. Los obreros se han ido a Buenos Aires llevados por Cipriano Reyes y los radios se oye una voz que sonaría mucho tiempo.

—Todo vuelve a empezar—dice en su voz el Estudiante de los condenados. Todo comienza nuevamente.  
—¿Por qué?  
—No lo escuchaste hablar... por eso.

Agú Beatriz Guido parece añadir lo que habla dicho antes y es que su caudillo jamás había pronunciado un discurso. Pero también le llama la atención más importante y que también había dicho, que las fuentes del poder de Braceras, que él mismo ve, en su fuerza, así el hampa, el fraude, la indiferencia. El caudillo que empezaba a retirarse se burla no sólo era notable, sino que además era hombre de poder, otras bases, otras técnicas. No eran los talentos los que habían ayudado a Braceras, sino los obreros de Braceras y de La Segunda. El eterno retorno es una técnica muy eficaz para crear un libro pero no es una técnica tan memorable como el fin que se le imbricaba sobre una vida histórica tan oscura y tan oscura; cuando ha de retirarse sobre ella, cuando de ella ha de alimentarse.

Con todo esto no cabe negar que la señora Guido es una novelista cabal. En este libro muestra el uso de una escritura muy nítida, muy precisa, sin claroscuros; una escritura que tiene un carácter selectivo, de lejano abolegno volteriano. Puede reconocerse también que al fin de fiesta carece de toda condición, en el sentido de que, sin la menor participación, afirma en cambio el arte capital de construir a bases de dilogos y breves anotaciones funcionales perennes muy plenas y lograr con ellos una estructura dinámica y una perpetua muy sostenida en el discurso y el entrelazamiento de sus vidas. Esto no quiere decir, naturalmente, que esa plenitud de existencia de los personajes importe complejidad y más bien podría hablarse de cierto esquematismo. Braceras podría pasar sin a y o e e pruebas a la galería de personajes políticos filoplatenses, el Mauricio Gómez Herrera de Payró estaría allí en recreación. Pero en ese tipo de criaturas, asociadas al ser, la vida y la recreación perenne en el mundo real entra por mucho en el secreto de su vitalidad y, puesto Braceras aparte, resulta, afortunadamente, que los bocetos del núcleo adolescente de los niños, Beatriz Guido, sin embargo, nos necesitan más de ellas para el equilibrio, ya en cierto modo inestable de la obra y la salud de José María, la pureza y la plenitud del becarario Gonzalo, la malicia de Julieta, la angustia de Mariana, la violencia de Adolfo ya arrastrado, por así, un principio, estimo, se le atribuyen al Hablando en general, existen criaturas novelescas que no son más que esquemas y existen criaturas asociadas de ellas, de las cuales atisbamos un área de sombra que aun intocada, inexporada, la sentimos ahí, plena, habitable. Es nítida, acaudalada, tiene cierta aura, ciertas posibilidades.

Se ha señalado también, a propósito de Fin de fiesta, que la obra carece de originalidad y la frescura de los dos anteriores libros de la autora. La afirmación tiene su carga unívoca de reproche; puede, sin embargo, aceptarse y reconstruir al mismo tiempo que la carrera de un escritor importa normalmente la conquista de unas calidades y la pérdida de otras. Si la originalidad y la frescura suelen marchitarse como las verduras de las esas, otros valores de medidas, más gobernables, más duraderos: construcción, economía, concisión, eficacia, suelen ocupar su lugar. Que el destino de la novela se enfrente al vertiente de lo que se llama oficio y mecanización es otro cantar, un cantar que sólo los más capaces, los más hábiles, como Thomas Mann de los últimos años—no entonan. Beatriz Guido está en el primer tramo de su carrera y el tiempo dirá.

★ En el primer tramo.

BEATRIZ GUIDO: FIN DE FIESTA. Buenos Aires, 1958, Editorial Losada, 259 págs.

La crítica suele caer en el peiorismo extremo de desmentir el impacto de ciertos sucesos históricos sobre la literatura. Pero no sólo es verdad que los libros nacen de los libros y que las relaciones entre el arte y los grandes sucesos colectivos funcionan con una extrema complejidad y, sobre todo, con una extrema moralidad. Los resultados pueden ser totalmente inesperados y ser perceptibles (trécen) a gran distancia.

No es imposible que un futuro historiador literario aprecie la importancia de aquel 17 de octubre de 1945 en que Perón fue rescatado de su prisión por los obreros de los frigoríficos de manera diversa a nosotros. No es imposible que piense que si algunos escritores jóvenes de aquel 1945 lo son, es porque aquel día sus padres, los cabecitas negras de la época accedieron a un plano de actuación social que los benefició de darles una educación a sus hijos. No es imposible, por fin, que aunque este fenómeno más importante que la estridencia de los periclitados del 55 o que algunas novelas de esta época escritas por los descendientes de las clases directoras desahucadas entonces.

Todo esto no quiere decir que la tercera novela de la señora Guido, Fin de fiesta no pareciera fallado ni cosa menor. Pero sí los libros nacidos de los libros, su justa situación es la de una existencia exigente de un gran día argentino sino una excelente muestra de una línea novelesca demasiado abandonada. La línea de Cambaceres de María Roberto Payró, de Manuel Gálvez, de Eduardo Mallea aunque estos nombres puedan molestar al lector de los existidos, es una línea perdida de una narrativa de intención política, de firme preocupación nacional, de firme angustia política.

La señora Guido, sin embargo, es una escritora de generación posterior y de dotes abundantes en otros rubros que los existidos. La línea perdida de la autora, Jorge Luis Borges habló en alguna ocasión del realismo de los padres de los Payró y de los Gálvez. Fin de fiesta prueba, y prueba con cierta felicidad, que a aquella literatura, radicada, preocupada, no tienen porqué serle inaceptables como a los creadores de Pago Cleo y de Hombres en soledad, ciertos episodios de la fantasía, ciertos hijos seguros de la invención.

Como lo ha señalado ya Rubén Cotelio "El País", el 26 de marzo el libro, en un momento de su desarrollo, comienza a tener un contenido biográfico incesante y este contexto es

**SALIO**  
**BOLETIN DE ENFERMERIA**  
Impreso de información para Médicos  
Enfermeras profesionales:  
Trabajadoras sociales  
Fisioterapeutas  
Biólogos  
Laboratoristas  
Asociación de Enfermeras  
PÁGINA en general  
**SUSCRIBASE**  
Columba 1013 - P. 7 - T. 8.000